

Alerce

N° 101, enero de 2023. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

Victoria Morrison, verso de pájara incorregible y danza de hojas distantes

Nacida en San Martín de los Andes en 1977, Victoria Morrison es miembro de PEN Chile y de la Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile (SECH). Autora de *Una habitación en el infierno* (2016), *Poemas desahuciados* (2017) y *Pupilas de loco* (2020), sus poemas, como los que incluimos a continuación, disparan la voz con los tonos de la más aguda puntería.

Pupilas de loco

La más despiadada de todas las almas
se conmueve con el canto de grillos
nocturnos
La más brutal de todas las almas
habla con las estrellas en luna menguante
La más despreciada
canta con voz de ruiseñor
se queda ahí
horas y horas y horas
oyendo el viento.
La más ingrata alma
lava los pies de los vagabundos
cura las heridas de las manos
alimenta las palomas en las plazas
sonríe a los niños en la calle
recorre el cementerio
lee versos sobre las tumbas
se busca en lápidas abandonadas



descansa en sepulcros sellados
acompaña el silencio que pasa olvidando
y se cansa cae, se apaga duerme
hasta que los jaramagos tocan sus dedos
no logra abrir sus párpados cansados
Las pupilas de loco se agrandan
las manos se llenan de olvido.

Cascada de arena

No es fácil simular ser noche
debo oscurecer el alma y los dientes
Cubro mi rostro de pájara incorregible
forajida de un lejano oeste.
Ojos saltones pupilas dilatadas
mujer capturada encerrada
tras barrotes oxidados.
Miro por la pequeña ventana de mi celda
la danza de hojas distantes
—Ya no podré refugiarme en la casa del árbol—
¡abre la boca anciana agresiva!
que la píldora de tu locura
tiene hora y fecha de muerte
como un acto de magia soberana
¡y la luna se ríe!
ilumina mi iris molesto
me hace sombra
arriesga mi identidad
un minuto de silencio...
miro mi reflejo en el vidrio trizado
lentamente me desvanezco
como una cascada de arena.

Siniestros amores

Nadie es más astuto y hermoso que un bastardo.
Los impuros abandonados
niños huérfanos
hijos de siniestros amores.
—Qué frío hace en las calles por la noche—
—Qué frío hace en las calles al no poseer
un nombre—.

Como el agua del río que riega el árbol
del ahorcado
se escabullen, dedos de seda, sonrisa de
muerto.

Ellos son la flor negra en la solapa
hijos de placentas frías.

Nadie es más astuto y hermoso que un
bastardo.

Jardín lunático

¿Y tú, cómo calmas la esquizofrenia?
—regando—
en el agua no existe la pesadilla
—floto—
Soy cada tallo que mojo
cada pétalo en gota
cada salpicar en mi semblante
y riego el fantasma de tu silueta
Oh, camelia infiel
flor que odio.

Y barro con mi escoba de brujo
barro toda la pena
de mis hojas muertas
me ahogo en la fuente
de mi cerebro partido

—soy pájaro mojado—
me refresco en el agua y canto
riego la nada, mojo ms sandalias gastadas
humedezco la tumba de mi perro
—mi mejor amigo—
esqueleto enterrado
en mi jardín de loco.

La maldición del vino

El hombre duerme sentado
arriba del árbol del ahorcado
—habla con sus demonios—
su amante lo ha desterrado
—huele a flores muertas—
le cuelgan los pies del poema
no sé si pájaro o rama rota
¡maldición del vino
apuñalas su estómago negro!

Bebe hasta quedar en calidad de muerto
huele a uvas fermentadas
fuma pluma de pájaros
canta sollozos
se balancea en su cuerda suicida
¡qué bella es la danza de la muerte!

Árbol negro

Golpeado por el viento
desde su germinación sobre la tierra
crece torcido el árbol negro.
Se rehúsa a caer
es su sacrificio el que lo vuelve hermoso.
Se refugia debajo de sus hojas
huele a volcán.

¿Hay algo más para mí que estas sabanas de tierra
negra?
—olor a madera quemada—
el cruji del carbón es la risa lejana de sus hijos.
Colchón de fuego
calienta mis huesos
antes de morir.

Cadáver imperfecto

No tiene la necia pretensión de ser perfecto
camina como criminal
usa un lenguaje apocalíptico
escucha el susurro de los árboles
ellos le señalan dónde yacen los cuerpos enterrados.

Es obstinado
Nació del útero con un solo propósito
—Saber cuándo morirá—.

Será la calavera del diente torcido
el fémur roto
casquillo de bala alojado en la costilla.

No tiene la necia pretensión
de ser perfecto.

Victoria Morrison



Jorge Muñoz Gallardo, la narrativa que vence al rey en su tablero

Dueño de un oficio que le ha valido premios y distinciones en la escena literaria, Jorge Muñoz Gallardo (1953) es profesor de Castellano, posee estudios de Derecho y Ciencias Sociales y fue un destacado colaborador de los diarios Austral, de Valdivia, y La Época, de Santiago. Miembro de la Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile (SECH) y autor de novelas como *El Evangelio según un perro vagabundo* y *El escarabajo ciego*, y de los volúmenes de cuentos *Fantasmas del sur*, *El palomo negro* y *El cuervo y la serpiente*, llega ahora a *Alerce* con un relato que recorre con lucidez los pasillos del poder.

La sonrisa del ángel

El rey se volvió loco. Sí, eso dijeron sus más cercanos. Dijeron que pasó toda la noche gritando. Entre sus palabras disparatadas contaba que horribles fantasmas lo acosaban, recordándole sus crímenes atroces, crímenes cometidos desde su temprana niñez, cuando se entretenía lanzando a inofensivos perros desde lo alto de las torres del palacio para gozar viendo cómo se destrozaban en el suelo; entonces reía y cantaba saltando y agitando los brazos: mientras más sangre salía de los cuerpos reventados, más se alegraba. Sus padres habían muerto, primero su padre, el rey, luego su madre; a partir de ese momento, el obispo Maclovio asumió su cuidado y educación: religión, latín, historia, filosofía y matemáticas fueron las disciplinas que ocuparon sus horas de aprendizaje, y mostró gran habilidad en las matemáticas. Todo eso duró hasta que cumplió los quince años y tomó el poder en sus manos.

El obispo alteró los libros y la historia familiar, haciéndolo descender del mismo Augusto. El joven monarca disolvió la asamblea de nobles, encarceló a sus opositores, se rodeó de prostitutas, magos, estafadores. También consiguió victorias militares que le permitieron ampliar las fronteras del imperio, acrecentando el tesoro familiar. Cuando el obispo Maclovio ya no le fue útil lo mandó a envenenar. Expulsó a los médicos de su habitación para quedarse con dos brujas venidas del campo, un par de viejas harapientas y sucias que hacían extraños ritos y curiosos cánticos invocatorios de deidades desconocidas. Sus alaridos mantenían despiertos a todos los habitantes del castillo; los criados, dominados por el espanto se refugiaban en sus míseros cuartos haciendo la señal de la cruz. La noche era negra, la lluvia caía con fuerza, a ratos estallaba el trueno, el relámpago iluminaba el cielo y el interior de la habitación con sus fulgores. Como una cruel ironía, un hermoso perro siberiano permanecía echado a los pies de la cama y a veces soltaba un gemido largo y misterioso. Al rey se le erizaban los cabellos, se le dilataban los ojos. ¡Fuera de aquí, malditos! ¡Voy a incendiar vuestras casas con todos dentro! Sus palabras causaban horror, porque había incendiado ciudades completas, esparciendo la muerte, el dolor, entre miles de hombres, mujeres, ancianos y niños. Todos recordaban sus correrías a caballo, seguido por un grupo selecto de asesinos a sueldo que lo acompañaban donde quiera que fuera blandiendo sus espadas, sus lanzas, cometiendo los mayores atropellos, raptando mujeres y violándolas en ruidosas y alcohólicas orgías. Ahora que la sífilis lo carcomía por dentro y su cuerpo lleno de pústulas y costras se retorció en la cama, había amenazado de muerte a sus médicos, solo permitía a esas dos viejas ignorantes, mentirosas, que lo sometían a insultos y azotes para purificar su cuerpo y su alma que ya sentía las lenguas del fuego infernal.

Cuando nació hubo una tormenta eléctrica igual a la que ahora sacudía los árboles y apretaba los corazones; los perros de la ciudad aullaron gimiendo con las cabezas levantadas al cielo, y un mendigo enajenado dijo que ese niño causaría grandes sufrimientos entre sus súbditos. Todos se rieron de aquel hombre; lo mismo, aunque con

otras palabras, dijo una de las costureras de la reina: al poco tiempo la pobre mujer desapareció. El obispo Maclovio, consejero y confesor de la reina, la consoló con oraciones y aforismos. El rey se sintió feliz, por fin tenía un heredero, pero al año siguiente al nacimiento de su hijo murió al caer del caballo y golpearse el cráneo en una afilada roca mientras perseguía a un ciervo, en una soleada mañana de cacería.

Aquellos que aspiraban a mayores cuotas de poder se acercaron a la reina que ejercía la regencia. Mientras el heredero cumplía la edad para asumir el trono imperial, los apetitos, las intrigas, se multiplicaban; sin embargo, era el obispo Maclovio el hombre más próximo a la soberana, y cuando ella falleció de un ataque cardíaco el obispo tuvo que redoblar sus esfuerzos para proteger al joven heredero. Pero él nunca creyó lo del ataque al corazón; pensaba que su madre había muerto envenenada por sus enemigos.

Los alaridos estremecían las paredes de la habitación y nadie podía dormir, en su delirio veía ríos de sangre, cabezas de perro que aullaban a su alrededor, pueblos ardiendo en el fuego devorador; hablaba con su madre, maldecía a su padre, soltaba carcajadas demenciales, abría las manos, lloraba y pedía perdón, luego caía en un profundo silencio que duraba unos pocos minutos y volvía a los gritos y a las alucinaciones. Las dos viejas giraban en torno a la cama en una danza grotesca, balbuciendo palabras incoherentes, y al resplandecer el rayo sus sombras se dilataban, arrastrándose por las paredes como espectros demoníacos. Entonces el enfermo gritaba, hablaba, enseguida recordaba su niñez, esos dos dientes prematuros que le salieron de pronto y que según una adivina le servirían para devorar a su pueblo y a los suyos, y repetía las escenas de ira incontenible que lo llevaron a asesinar a su propio hijo de un garrotazo en la cabeza. Luego hablaba con el fantasma del obispo Maclovio; su voz volvía a ser la de un niño, para repasar las lecciones de latín.

El enorme siberiano echado a sus pies lo observaba sin moverse. Él parecía no verlo, pero cuando se incorporaba en el lecho, de forma repentina, se abrazaba al pescuezo del animal, hablándole como si fuera una persona, y el perro le respondía lamiendo sus mejillas. Cuando la tempestad terminó, a eso de las cuatro de la madrugada, cayó en un hondo sueño del que despertó al mediodía, ordenó a las viejas que se marcharan, mandó a buscar a sus médicos y un par de criados. Les dijo que deseaba darse un baño; después los médicos le aplicaron un unguento de hierbas medicinales, y llamando a su sirvienta favorita se vistió con sus mejores prendas. Más tarde comió, bebió y rio como en sus mejores tiempos. Todos estaban asombrados, no sabían qué pensar, solo un milagro podía explicar lo sucedido. Después del almuerzo escuchó varias canciones populares interpretadas por los músicos de la corte. Su ánimo era espléndido, mandó a traer su tablero de ajedrez y desafió a uno de sus generales, que era un verdadero maestro en el juego. En la jugada cuarenta y siete el general movió el alfil de la reina y dio jaque mate. En ese instante el rey se desplomó en el piso, se oyeron gritos de alarma, los médicos corrieron a prestarle asistencia: ya es tarde, está muerto, dijo uno de ellos. Su rostro se había relajado, su piel parecía la de un adolescente, sus ojos permanecían abiertos, expresaban una gran tranquilidad. En sus labios, una sonrisa leve le confería a su faz un aspecto angelico.



Jorge Muñoz Gallardo